

Venezuela

ENZO DEL BÚFALO

EXISTEN DOS ELEMENTOS CLAVE que apuntan hacia la naturaleza de los movimientos sociales actuales en América Latina. Uno es el problema del cambio de retórica que nos indica uno de los caminos principales de reflexión y el otro, es la diferencia que hay entre proyecto social y proyecto político. Esos son los elementos que nos pueden ir llevando hacia la discusión de la naturaleza de los movimientos sociales en este contexto mundial y nacional en que nos encontramos y que nos podrían explicar mejor estas nuevas expresiones políticas. En el caso de Venezuela, para poder comprender la naturaleza del gobierno de Chávez, hay que entender las causas del colapso del antiguo orden social y económico basado en el modelo rentista petrolero. Gracias al petróleo, Venezuela en los últimos cincuenta años tuvo un gran desarrollo social y económico y pudo instaurar, a partir de finales de los años cincuenta, un sistema político democrático con alternabilidad, más o menos regular, entre dos partidos mayores y con una pequeña minoría de izquierda, bien establecida y políticamente importante, además de una organización sindical activa, aunque controlada por los partidos mayores, en particular uno de ellos.

El sistema que inicialmente permitió un considerable ascenso social basado en la redistribución del ingreso petrolero a través del Estado, permitió el crecimiento de la clase media y la urbanización que prepararon la base para la formación de un sistema político estable. Esto cambió a partir de los años ochenta como consecuencia de las dos crisis petroleras, que desarticulaban el mecanismo de crecimiento y de ascenso social que había existido hasta ese momento. La inversión en Venezuela comenzó a estancarse y a decrecer, y lo mismo pasó con el salario real. Fueron prácticamente veinte años de descenso sistemático y permanente. La renta petrolera era cada vez menos efectiva en el sostén de toda la economía, puesto que iba decreciendo en términos absolutos y sobre todo en relación con la creciente complejidad de la economía y sociedad venezolanas. Además, a partir de los ochenta, el proceso de industrialización sustitutiva se estancó, por razones que son parecidas a las de otros países. El modelo basado en la distribución de la renta petrolera se fue resquebrajando en la medida en que el Estado era cada vez menos capaz de satisfacer las demandas clientelares lo que se reflejó en

la pérdida progresiva de atractivo político por parte de los partidos mayores, que culminó con la crisis al final de los noventa. Especialmente en ese período, a los marginados de siempre se fueron agregando nuevos marginados provenientes de una clase media baja en descenso que perdieron todo interés en la política en la misma medida en que los partidos tradicionales eran incapaces de hacerles llegar las migajas de la renta petrolera. A la marginación económica y social se agregó la exclusión política hasta que la frustración se generalizó también a las reducidas clases medias.

En este ambiente aparece el fenómeno Chávez, el cual no llega al poder por propios méritos, sino que es simplemente el efecto de rebote producido por el colapso del viejo sistema. Frente a la corrupción e ineptitud de los viejos partidos, una imagen antipartido generada por la televisión y vista por millares de personas que actuaban cada vez más como teleespectadores que como ciudadanos y que a raíz del golpe de 1992, se había vuelto familiar, como era una imagen sin consistencia todo el mundo pudo atribuirle sus deseos y sus esperanzas. Cuando esta imagen salió de la pantalla chica para recorrer los barrios se formó un movimiento de avalancha con toda esa gente decepcionada del viejo sistema que quería un cambio.

En virtud de este origen, una vez en el poder, el nuevo gobierno de Chávez, sin ningún programa preciso, no podía ser más que un gobierno que fuese más allá de la crítica al viejo orden con una fuerte retórica antineoliberal, donde neoliberal pasaba a ser cualquier cosa que no fuese del agrado del líder. Así pues, siendo un movimiento aluvional de descontentos no es de extrañar que los primeros dos o tres años del gobierno de Chávez son, desde el punto de vista económico, más de lo mismo, una política económica caracterizada por la “reducción de la inflación”. En un ambiente de confusión se decía que “la reducción de la inflación permite aumentar el PBI”, e incluso se llegó a cuantificar los puntos de reducción del desempleo por cada punto menos de inflación, este argumento chapucero, que ningún neoliberal serio estaría dispuesto a suscribir, era el eje de la política económica del nuevo gobierno antineoliberal. La continuación por ignorancia de la vieja política económica, la carencia de políticas sociales aunada a la política de cambios constitucionales revelan la verdadera naturaleza del proyecto político chavista: un cambio en los sectores dirigentes políticos. Lo que se quiere es que otros grupos, asuman el control del país; todo lo demás está en función de este único objetivo. En la medida en que este recambio social se pone en marcha afectando los grupos dirigentes tradicionales, especialmente los grupos económicos, estos sectores, que lo habían apoyado –incluso parte de los grandes empresarios–, se ponen en su contra. Romper los mecanismos tradicionales del viejo clientelismo fue el único verdadero cambio del nuevo gobierno, aunque sólo para reemplazarlo con otro tipo de clientelismo.

Ese sistema de gerencia del poder detrás de bambalinas, de reuniones, cenas, etcétera, donde se discuten las cosas, donde se corta el bacalao, Chávez lo eliminó. Ese fue efectivamente el verdadero cambio radical que significó el inicio del enfrentamiento que llevó a partir de diciembre del 2000 y después con la primera huelga en diciembre del 2001, a todo ese proceso que se conoce como el golpe de Estado del 11 de abril del 2002. Hasta esta fecha no hubo cambios significativos en la política económica que siguió siendo la misma, pero acompañada de una retórica antiprivatización; no hubo ninguna política social salvo la eliminación de los programas de asistencia focalizados que agravó la situación de los más pobres. En estos primeros años, el apoyo de los sectores populares a Chávez estuvo basado exclusivamente en un factor de identificación psicológico-cultural. Chávez hablaba y actuaba como uno de ellos por eso –se decía– “con hambre y sin empleo con Chávez me resteo”. Esta misma percepción causa, por otra parte, la creciente hostilidad de una parte importante de la clase media que no quería un presidente “marginal” cuyo lenguaje y actitudes la escandalizaba. Al golpe se llega porque la retórica de Chávez por televisión empieza generar una oposición cada vez más radical, en forma incluso histérica, de la clase media que se ve traicionada, económica y culturalmente por Chávez, un señor que no parece tener ninguno de sus valores. Sobre esta masa opositora –que toma las calles en un contexto de estancamiento económico y de frustración al sentirse traicionada por el hombre que habían votado– se construye toda esa estrategia para tumbar a Chávez desde detrás del poder, que lleva al golpe de Estado de abril del 2002.

A partir de aquí las cosas cambian, porque como reacción al intento de golpe, Chávez empieza a improvisar una política social: con la ayuda cubana pone en marcha las Misiones, la primera de las cuales fue barrio adentro llevando médicos residentes a las zonas marginales para prestar sus servicios a una población totalmente desasistida hasta entonces. En verdad, ya había habido un ensayo previo de este tipo de asistencia, recién instalado el gobierno, con el plan bolívar 2000, pero eso después de unos meses de gobierno había caído en el olvido. De este modo empieza a diseñarse un programa de gobierno constituido fundamentalmente por una lógica reactiva: frente a cada acción de la oposición por derrocar a Chávez el gobierno reacciona con programas sociales y es exitoso, lo que le permite a Chávez –que hasta abril del 2002 había venido cayendo en las encuestas– recuperar popularidad a medida que va desarrollando programas del tipo Misión a otros sectores como la educación, etcétera. Otra ayuda indispensable para el gobierno de Chávez cuya incompetencia gerencial y administrativa excede toda imaginación ha sido la torpeza, estupidez igualmente excesiva de la dirigencia de la oposición y el cretinismo rampante que se está convirtiendo en el

rasgo típico de la clase media globalizada y que en la Venezuela petrolera parece ser aún más agudo que en otras partes. El mejor ejemplo de esto fue la huelga petrolera que desencadenó una histeria colectiva en los sectores de la oposición y le dio la oportunidad a Chávez de intervenir la industria petrolera, cosa que nunca había estado efectivamente planteada, porque se suponía, incluso para el chavismo, que ése era un mundo absolutamente intocable. Fue la oposición que, al utilizar el instrumento petrolero como clave política, rompió el tabú y le abrió las puertas a Chávez para reestructurar y tomar las riendas de la industria e iniciar una nueva política petrolera con lo cual, el país petrolero Venezuela se convirtió en la pulpería de Chávez y a partir de ese momento el gobierno comienza a tener una cierta política económica, se empieza a hablar de desarrollo endógeno, de diversificación, de integración hacia América Latina, por lo tanto, empiezan a haber ciertos elementos que uno podría llamar de política económica, pero siempre supeditados a la razón política basada en una visión de reivindicación nacionalista que se conceptualiza a sí misma como la culminación de un proceso de independencia inacabado que, por lo tanto, implica la emancipación de las clases marginadas y desposeídas. El mismo Chávez siempre ha dicho en el caso de la integración por ejemplo, que tiene que ser primero política y luego económica. Siempre ha considerado que la actividad económica tiene que estar en función de objetivos políticos, por lo tanto, nunca estructuró lo que podríamos llamar una estrategia o un plan económico más o menos coherente, para lograr objetivos específicos. La cuestión social está pues supeditada a la cuestión nacional y a mi modo de ver la conjunción de ambos conceptos siempre es aberrante. La falta de una comprensión cabal de los problemas económicos del país así como la carencia de un verdadero sujeto social que sea capaz de romper con el viejo orden y tenga una necesidad constitutiva de crear una sociedad libre de relaciones de sumisión ha sido encubierta con una consigna vacía de “el socialismo del siglo XXI”. El resultado hasta ahora ha sido que por la propia inercia de los acontecimientos, el modelo rentista petrolero no ha sido modificado, no ha sido desplazado, aunque sea parcialmente, sino más bien ha sido reforzado. De manera que si uno evalúa la política económica de Chávez de cara al reto histórico del problema estructural de la economía venezolana –que es el cambio del modelo–, uno diría que no sólo no han habido cambios, sino que ha habido un reforzamiento de la misma tendencia negativa.

Ahora bien, es verdad que este proceso político ha abierto espacios interesantes. Aunque el único verdadero cambio ha sido en el aspecto político-institucional, en un recambio de los participantes a la clase dirigente, estos cambios conllevan un relajamiento de las normas, una modificación de las instituciones, etcétera, que abren espacios políticos en los cuales las bases sociales pueden adquirir

una fuerte dinámica emancipadora y un desarrollo de construcción de su subjetividad autónoma muy interesante. En el trasfondo del movimiento chavista oficial, hay también un movimiento social que apunta hacia un cambio social distinto. Y en este sentido, el gobierno de Chávez efectivamente está impulsando un movimiento social, que por el momento se adhiere al chavismo oficial, pero que a mi juicio tiene una dinámica que tarde o temprano lo llevará por una senda muy distinta a la del chavismo oficial constituida fundamentalmente por grupos que están en su fase de acumulación originaria y que más temprano que tarde empezarán a reclamar la estabilidad.

De tal manera que si yo tuviera que resumir la evaluación del gobierno actual de Chávez, diría que no ha hecho ningún cambio radical en el modelo económico, ha hecho un cambio parcial en la dirigencia política de ese modelo, con un cambio sustancial de personajes y de actores. Ha permitido una cierta movilización social que a lo mejor apunta hacia una sociedad nueva, y en ese sentido le puede caber la denominación de revolucionario, pero por lo general encuentro que es un gobierno relativamente conservador y que ciertamente se parece mucho a los gobiernos anteriores en cuanto al resto de la transformación inmediata de la sociedad venezolana, que es el cambio del modelo rentista petrolero. El caso de Chávez, frente a otros gobiernos progresistas de América Latina, presenta una diferencia, que quizá tenga características más radicales. Eso nos plantea el problema de esta disyuntiva que tienen los movimientos sociales en América Latina: unos parecen deslizarse hacia posiciones cada vez más de tipo tradicional y convencional, de reformismo suave que hoy en día está muy coloreado por el neoliberalismo y, por lo tanto, termina siendo más de lo mismo o, el camino al que parece apuntar ahora Chávez, de un radicalismo retórico y un comportamiento nómada y trasgresor del orden constituido por el proceso de globalización, sin que ello signifique la construcción de una sociedad nueva de personas libres de todas las formas de despotismo. Por eso el chavismo no es un movimiento populista, sino que cae en el ámbito de esos movimientos que expresan los malestares viejos y nuevos frente a los males del neoliberalismo y la globalización, pero reaccionan con ideologías y prácticas sociales viejas y por esto deben ser llamados mejor “*neoarcaísmos*”.

MARGARITA LÓPEZ MAYA

LA LECCIÓN QUE SACAMOS del caso de Venezuela es que Venezuela se mantiene como un bastión de esperanza para América Latina, con sus incoherencias y coherencias, con sus virtudes y defectos este país está tratando de ir al cambio social.

El gobierno de Chávez es mucho más que el gobierno y mucho más que una crisis económica y un colapso de un sistema de partidos. Es el resultado de la gente que salió a la calle desde 1989 con el Caracazo y que todavía no regresa a sus casas, tratando de construir el cambio social en Venezuela.

Un país que se movilizó a raíz de una represión brutal de un sistema que se decía democrático en 1989, y que decidió que dejaba atrás el viejo orden de la democracia representativa para construir otro orden democrático, más profundo, más sustantivo. Y eso es lo que ha ofrecido el gobierno de Chávez. Un gobierno que refunda la República con la Constitución de 1999, con las bases de una democracia participativa y esa es la otra lección que quisiera señalar: es a través de la participación de la gente, de la gente como protagonista que se busca ese cambio social.

Podemos referirnos a las contradicciones del gobierno de Chávez, de los peligros que confronta una sociedad que tuvo que hacer emerger de la calle a su pueblo, y de los cuarteles a los militares para ver si podía rehacer un proyecto de país para el siglo XXI. Pero mientras esa gente esté en la calle y mientras esa Constitución esté vigente, la gente tiene la esperanza de que se está organizando en aras de un futuro mejor.

Señalo así, en primer lugar, de manera concentrada lo que es fundamental del proyecto del gobierno de Chávez y la alianza de las fuerzas que lo soportan con todas sus contradicciones, sus peligros, pero también con sus coherencias.

Es cierto que el gobierno de Venezuela no llega por la acumulación de fuerzas de la izquierda y no tiene partidos estructurados. En ese sentido es bastante diferente a las experiencias del Cono Sur. Pero si tenía algunas cosas claras, una de ellas es que buscaba una corrección de la desigualdad social, entendida como una corrección de la exclusión social histórica del pueblo venezolano; es un mensaje a los pueblos latinoamericanos de la necesidad de construir inclusión a través de la participación y de colocar al ciudadano, a la familia, a las comunidades organizadas, como los protagonistas en la gestión de esa construcción de inclusión.

Hay dos instrumentos de políticas que son bastante coherentes en este sentido. Uno es la política petrolera y otros son los instrumentos de las políticas sociales.

En relación con la política petrolera, el primer paso del rescate del Estado nacional fue el rescate de la renta petrolera, y si bien el

gobierno de Chávez no avanzó en los primeros dos o tres años en ese sentido, una vez que se enfrentó a la tecnocracia petrolera, durante el paro, logró con la movilización popular y con el sector militar recuperar la industria y recuperar la renta petrolera a través de una reforma petrolera. Y es el primer paso, pero vamos más allá. La política petrolera no es una política improvisada. Hay muchas políticas improvisadas en el gobierno de Chávez, pero la política petrolera no lo es. Además del primer paso que estoy mencionando, de recuperar la renta petrolera, tiene la aspiración de un desarrollo endógeno, conectando esa industria petrolera con la economía interna.

Uno de los ejemplos más exitosos son las ruedas de negocios que se están haciendo internamente pero también con otros países en América Latina, en el sentido de vincular Petróleos de Venezuela (PDVSA) al mercado interno y al mercado regional, no como antes, que todos sus insumos para la industria venían de los países desarrollados. Se busca también conectar a las industrias básicas del país, la industria siderúrgica, del aluminio, etcétera, con esa industria petrolera y conectarla como un motor impulsor de pequeñas y medianas industrias y cooperativas, para crear una red compleja, extensa, industrial, de desarrollo económico.

La pregunta válida es si tendrá viabilidad tal propuesta, pero en todo caso la creatividad en un momento determinado cuando la situación de nuestras economías es de esta magnitud de deterioro, merece ser considerada y no debe ser descartada de manera ligera, sólo porque no responde a los cánones de la economía convencional o de la economía académica.

En relación con los instrumentos de política social, se ha multiplicado lo que a veces parece una masa caótica de políticas sociales, pero es una de las cosas más coherentes del gobierno de Chávez: atacar a través de políticas sociales el problema de la exclusión de los sectores populares.

Hay quienes dicen que las Misiones son compensatorias, son focalizadas, que tienen muchas características de las políticas neoliberales pero, a su vez, cuando los pobres son el 80% de la población, la percepción de las Misiones es que son políticas universalistas. Por la magnitud de los sectores a los que va dirigido se convierten en una política universalista.

Sin embargo, hay otros aspectos que han sido centrales para explicar el proceso de movilización. Los periodistas que llegan a mi casa me dicen constantemente que ven en los barrios populares el entusiasmo con que la gente se está movilizandoy se está organizando con la ilusión de mejorar su calidad de vida y su futuro. Eso tiene que ver con el enfoque de las políticas sociales en Venezuela, que han venido atacando tres ejes, uno de los cuales es el de la desigual distribución del ingreso y la riqueza. Me parece que esto es muy central a los gobiernos de izquierda, y me refiero particular-

mente a la ley de Tierras y Desarrollo Agrícola, y al Decreto 1.666 de la Regularización de la Tenencia de Tierra ocupada en las ciudades venezolanas.

Creo que este Decreto de Regularización de la Tenencia de la Tierra Urbana que se dio en el año 2002, poco antes del golpe de Estado, ha tenido un impacto muy grande a nivel simbólico en términos de tenencia y de inclusión por parte de los sectores populares así como algunas políticas como la de la economía social. Todas las políticas sociales del gobierno del Presidente Chávez están concebidas en términos de una democracia participativa y en ese sentido todas tienen requisitos de participación y organización para poder acceder a los derechos sociales y a los derechos humanos.

En el caso de estas leyes de tenencia, que son leyes que tratan de responder a demandas históricas de las mayorías populares en América Latina, todas tienen el requisito de crearse a través de asambleas, organizaciones, comités de tierras rurales, comités de tierra urbana, cooperativas en el caso de incorporarse al sistema de microfinanzas, etcétera. Pero las de tierra particularmente son muy significativas, porque no solamente la gente se tiene que organizar para poder acceder al título de propiedad urbana o a la parcela agrícola, sino que también tiene que reconstruir su comunidad, y ser capaz de construir la historia de la comunidad a la que pertenece, darle los límites, construir el croquis de la comunidad en colectivo, en asamblea, tienen que llenar una serie de requisitos que son de tipo participativo que les van desarrollando sentimientos de pertenencia, sentimientos de solidaridad y sentimientos incluso de comunidad, que han sido de un gran impacto en la dinámica de movilización de los sectores populares hoy en Venezuela.

El caso del Decreto 1.666, lo considero muy crucial porque en Venezuela más del 80% de la población vive en las ciudades. El decreto salió el 4 de febrero del 2002. De inmediato, espontáneamente, comenzó un proceso de organización de los sectores populares, para acceder a una aspiración histórica que es que la casa que has ocupado y que hasta ese momento ni siquiera formaba parte de los croquis de la ciudad, vas a tener la posibilidad de dejársela a tus hijos, a tus nietos, etcétera.

Hay una dimensión simbólica en este tipo de políticas sociales que ha sido muy importante. Incluso pienso no solamente en lo que estimulan sino en lo que se puede perder, si no se defiende el gobierno de Chávez. Creo que eso ha producido una dinámica de empoderamiento de los sectores populares sumamente grande.

En el caso de los comités urbanos de tierra, son movimientos –el decreto se dio dos meses antes del golpe–, donde la gente comenzó a organizarse por su cuenta, mientras el gobierno pasó dos años intentando sobrevivir (2002-2003) y cuando emergió de la crisis política, había mucha gente ya organizada en los barrios populares, en

comités de tierra, esperando que el Estado venezolano respondiera y eso también creó una distancia, una autonomía en los comités de tierra. No voy a negar que allí hay cantidad de tensiones por la magnitud y el poder del Estado venezolano, pero me parece que este tipo de políticas es de los cambios más significativos que un gobierno de izquierda puede hacer. Luego del diagnóstico de exclusión hay que construir inclusión, sentimiento de inclusión y condiciones de inclusión. Los comités tienen esa virtud. Se aspira a que sea la gente misma que comience a solucionar el problema tomando algunos atributos organizativos y de participación para que comience su autodesarrollo, como dice justamente la teoría de la democracia participativa.

De esta manera quería presentar estos elementos como bastiones de posibilidades de construcción, siempre y cuando consideren a la gente, a la comunidad y a los sectores populares como protagonistas en este hacer, en la construcción de un futuro mejor o posible. También como instrumento fundamental de estas políticas es que Venezuela sabe que no puede sola. El caso venezolano podría tener éxito sólo en la medida que se construya una integración latinoamericana y Venezuela ha puesto su petróleo al servicio de esa integración latinoamericana, a través de los convenios energéticos con las otras naciones, a través de la búsqueda de creación de petroleras como Petrosur o Petrocaribe o Petroandina, convenios con el Caribe, convenios con los países del Sur, con precios preferenciales del barril del petróleo, con intereses diferentes, ajustados, con miras a utilizar el instrumento, el recurso que tiene, a ver si después de dos siglos de repúblicas que no han podido superar la colonización bien sea de España, Inglaterra, Holanda o los Estados Unidos, si alguna vez en lugar de mirar hacia el Norte, nos miramos a nosotros mismos y podemos comenzar un desarrollo con la gente que tenemos, con los mercados que tenemos, con los recursos que tenemos.